

1867.

ral: No ignora V. que la línea de conducta que ha observado el mariscal Bazaine en estos últimos días, ha producido por última consecuencia que S. M. se haya resuelto, bien á su pesar, á cortar toda relacion con él; por cuyo lamentable incidente he creído deber abstenirme de someter á la aprobacion de S. M., las propuestas que me envió V. ántes de ayer, porque considero que no harían más que aumentar el disgusto del Emperador; mas el respeto que debo á V. y mi alta estimacion de sus méritos, me hacen hablarle con esta franqueza. Deseoso, sin embargo, de no dejar sin la merecida recompensa los buenos servicios de dignos militares comprendidos en las propuestas, someto á la eleccion de V. dos medios que, á mi entender, serían buenos para un éxito favorable: pídalas V. mismo al Emperador en nombre de V., no en el del Mariscal, ó bien diríjame V. una carta particular en el mismo sentido, en cuyo caso tendré gran satisfaccion en procurar la alta aprobacion de S. M.»

El general d'Osmond puso la carta precedente en conocimiento del mariscal Bazaine, quien encargó al Jefe de su Gabinete que le contestara al padre Fischer una, que no pecaba de atenta, y que terminaba con el párrafo siguiente:

«En cuanto al incidente que V. invoca no puede ignorar quién lo haya provocado, y poniendo en orden los hechos, percibirá V., tal vez, que la lealtad desconocida, la dignidad y el sentimiento ofendidos han obligado al Mariscal á la primera ruptura, *con la cuál cargará únicamente* la conciencia de los amigos políticos de V.»

Canje de prisioneros. — Como lo hizo el Mariscal.

En las últimas semanas que estuvo en la capital el Mariscal, les propuso el canje de prisioneros á los caudillos republicanos que recorrían sus inmediaciones, los cuáles no titubearon en aceptarlo, y se apresuraron

1867.

á enviar al Mariscal los que ellos tenían; pero no habiendo en la capital el número suficiente de prisioneros para el canje de hombre por hombre, lo completó el Mariscal con los conspiradores contra el Gobierno del Emperador que estaban presos, y con gentes que no eran prisioneras.

En los días que precedieron á su salida de la capital, el mariscal Bazaine, en vez de cederlos al Gobierno mejicano, vendió á precios sumamente bajos muchos caballos, monturas, equipos, cápsulas de percusion y barricas de pólvora. «Bazaine,» dice el doctor Basch, «chasqueado al ver que el Emperador se quedaba y resolvía empeñar la lucha con los republicanos, lucha difícil pero que ofrecía probabilidades de éxito para el Imperio, se quitó la máscara que había llevado tanto tiempo; hizo ver abiertamente y sin ningun miramiento, en los últimos días que permaneció en Méjico, su amargura y su rencor. Se dispuso, por cuantos medios le quedaban, á preparar la caída del Imperio y á hacer imposible la lucha para sostenerlo.

»No tengo datos suficientes para declarar lo que todos dicen: que Bazaine vendió armas á los republicanos; pero lo que sí es cierto es que echó al agua, *en presencia de centenares de espectadores*, toda la provision de pólvora, rompió las cureñas y clavó los cañones. Las granadas fueron enterradas para esconderlas; en una palabra, se destruyó todo lo que se pudo del material de guerra existente. Entrado en esta vía vituperable, no le asustó al Mariscal de Francia descender á actos del más grosero carácter y de la más indecente avidez. Maximiliano, cuando se casó Bazaine, le había regalado un palacio, que el Gobierno había amueblado ricamente concediéndole el uso temporario. El Mariscal, sin poner en duda el derecho de propiedad, enagenó todos los muebles.»

Vende Bazaine caballos y artículos de guerra en lugar de cederlos al Gobierno. — Su sucia conducta.

1867.  
Gran acusa-  
cion del gene-  
ral Diaz sobre  
Bazaine.

En una carta que se ha publicado en vários periódicos de Europa, ha dicho el general Don Porfirio Díaz lo siguiente: «El mariscal Bazaine me ofreció, por medio de tercera persona, poner en mis manos las poblaciones ocupadas por los franceses y entregarme Maximiliano, Márquez, Miramon etc., si aceptaba yo una proposicion que rechacé porque no me pareció honrosa. Otra proposicion, que procedía igualmente de la iniciativa del mariscal Bazaine, se refería á la adquisicion de seis mil fusiles y cuatro millones de pistones: si yo lo hubiera deseado, tambien me habría vendido cañones y pólvora; pero me negué á aceptar estas proposiciones.»

No sabe el autor de esta Obra, en el momento que está escribiendo esta parte, que el mariscal Bazaine haya desmentido la gravísima acusacion del general Díaz.

Salida de Ba-  
zaine de la ca-  
pital.

El cinco de Febrero salió de la capital para Veracruz el mariscal Bazaine, y con él las últimas tropas francesas.

Toma Mira-  
mon á Zacate-  
cas, y es der-  
rotado en San  
Jacinto.—Fusi-  
lamiento de  
D. Joaquin Mi-  
ramon y 104 ofi-  
ciales imperia-  
listas. Comen-  
tario.

El *Diario del Imperio* del seis publicó el siguiente telegrama:—Zacatecas, 27 de Enero de 1867.—Hoy he atacado y tomado la plaza de Zacatecas. Las fuerzas de Durango y Zacatecas han sido perseguidas tres leguas de la ciudad: artillería, armas, carruajes y prisioneros han quedado en mi poder. Juárez se ha salvado por la velocidad de su carruaje.

«Sírvasse V. E. felicitar á S. M. y al Gabinete por este triunfo.—El general en jefe, *Miguel Miramon*.» El cuál habiendo salido de la capital en los primeros dias de Enero con ménos de quinientos hombres y dos piezas de campaña, reunió todas las fuerzas que pudo en el camino, y con la prodigiosa actividad que le era característica, por un rápido movimiento tomó á Zacatecas, como dice el parte; mas atacado en seguida por

1867.

grandes fuerzas republicanas, fué derrotado en San Jacinto el primero de Febrero; de manera que ya había sufrido este revés cuando se publicaba en la capital la victoria de Zacatecas. En aquella accion, gravemente herido cayó prisionero el general Don Joaquin, hermano de Miramon, y se le fusiló el dia ocho con infinidad de otros prisioneros, entre ellos ciento cuatro oficiales, y los ciento noventa franceses de que se habló en la pág. 210. El general Escobedo que dió la orden para estos fusilamientos, olvidó la conducta del general D. Miguel Miramon, que habiendo hecho prisioneros, cuando era presidente, á Don Justo Álvarez, Berriozábal, Gómez Farías, Degollado, Tapia y otros jefes republicanos, no sólo respetó sus vidas, sino que los trató con las mayores consideraciones.

«El Mariscal Bazaine se ha marchado esta mañana,» decía el general Noriega, que mandaba en Puebla, en oficio de doce de Febrero al Gobierno, «dejando aqui por dos ó tres dias, segun parece, la division de retaguardia á las órdenes del general Castagny. Ya he manifestado á V. E. las dificultades y los disgustos que había tenido por las exigencias de estos Señores, quienes, como dije á V. E., se apoderaron por la violencia del prisionero Alarcon, y han vendido el convoy á Aureliano Rivera, á pesar de haberles prevenido que yo tenía á la disposicion de M. Danó los ocho mil pesos que reclamaban por el flete. Despues se ha opuesto el Mariscal á que continuara la línea de fortificaciones interiores de la plaza; pero me he opuesto enérgicamente á su voluntad y he hecho que continuen, es verdad que lentamente, lo cuál puede exponerlas á que se sean destruidas; pero, en fin, he hecho que continúen. Todavía no se me ha hecho la entrega de los fuertes de Loreto y de Guadalupe, ni de los almacenes de la artillería; me lo han ofrecido, sin embargo, y espero que serán entre-

Conducta del  
general Cas-  
tagny y del Ma-  
riscal en Pue-  
bla.—Se queja  
del Mariscal el  
Gobierno.—Re-  
flexiones.

1867.

gados ántes de que se marchen; tengo preparado todo para ocuparlos tan pronto como los abandonen. *En lugar de ceder y de entregar al Gobierno mejicano el armamento y las municiones que tienen todavía, han preferido inutilizarlo todo ó venderlo á especuladores...*»

El Alarcon de quien habla el general Noriega era un prisionero republicano, y Aureliano Rivera un general de aquel partido, que mandaba una brigada: el lector juzgará de la conducta del mariscal Bazaine.

El Gobierno mejicano encargó á su Ministro en París que agregara lo que decía el general Noriega á la lista de acusaciones contra el mariscal Bazaine, cuya conducta apénas se hace creíble. ¿Obraba por inspiracion propia? ¿Cómo no ha mandado Napoleon que se abra una informacion sobre los hechos de que le ha acusado el Gobierno de Maximiliano? ¿Qué se pretendía con la conducta que se observaba? ¿Castigar á Maximiliano porque no se prestaba dócil á la degradacion que se le exigía, de abdicar y abandonar á los hombres leales y patriotas que S. M. había llamado á la hora del peligro? ¿Por eso se le negaba la pólvora, los pertrechos y los atalajes de la artillería que no podía llevarse el Mariscal, y se destruían, ó, como sucedió con las mulas y los caballos, se vendían por una friolera?

En materia de tropelías seguían los generales franceses en vários puntos el ejemplo de su Mariscal en la capital; cometian infinidad de excesos y obligaban á aceptar puestos en los momentos en que con sus tropas abandonaban al Emperador; lo hacían cuando sabían que apénas salieran sus tropas de los puntos que ocupaban, habían de entrar los republicanos y castigar severamente á los funcionarios imperialistas.

Al ver el desórden y la precipitacion con que se retiraba del interior á la costa el ejército francés, parecía huir de algun enemigo con fuerzas numerosas, cuyo

Tropelías de los generales franceses.

Desórden y precipitacion de los franceses en su retirada.— Los republica-

encuentro temía. M. de la Barreyrie, francés, vecino de Orizava y testigo ocular, dice: «El viajero que seguía al ejército francés con un dia de distancia hallaba en el camino armas y prendas de vestuario, abandonadas como en la más completa derrota; se encontraba con grupos de soldados, con armas y sin armas que, con las lágrimas en los ojos, le volvian la espalda á Francia. Estos desgraciados, víctimas de una aberracion, cuyas tristes consecuencias sufren ya, se desertaban de una bandera que veían insultada y escarnecida en cada jornada que hacían: se olvidaban de que la política era la sola responsable de este desastre, y que á la bandera le quedaba toda la honra á que tiene un derecho incontestado. El mismo dia en que salían de Orizava los imperialistas, á las cinco de su tarde, ocupaba la ciudad Manuel Gómez con una escolta de ocho hombres de caballería (de los cuáles, cinco eran desertores franceses), en nombre de Juárez; y por éste, á las doce y media Márcos Herrería entraba en Córdoba, y enviaba su vanguardia á acamparse á doscientos metros de la retaguardia del ejército francés. Las partidas del ejército juarista que seguían al cuerpo expedicionario, lo hacían tan á corta distancia, y se instalaban tan fácilmente en las poblaciones que abandonaban nuestras tropas, que parecía verificarse de comun acuerdo este cambio, este remplazo..... De todas partes se habían dado cita las partidas para escoltar la bandera de Francia, acordándola los honores del desprecio y del insulto; y, miéntras tanto, los agentes del Jefe de la expedición trataban hasta el último momento, es decir hasta el dos de Marzo, con el secretario de Porfirio Díaz, que era un francés del apellido de Thièle.»

A pesar de la oposicion á que Maximiliano fuera al interior, de muchos sugetos respetables, de vários funcionarios públicos, y de las muy fundadas razones de

1867.  
nos ocupaban las poblaciones apénas salían.— Parecía que estaban de acuerdo con los franceses.

Conducta indecorosa de Bazaine.

Salida de Maximiliano para el interior.— Encuentro con los enemigos.—

1867.  
Proclamado  
Maximiliano.

Don José María de Lacunza, presidente del Consejo de Estado, se puso en marcha el trece de Febrero con una brigada de mil y quinientos hombres escogidos, mandada por el general Márquez. Despues de haber tenido dos encuentros en la hacienda de la Lechería y en Calpulalpam con los republicanos, en que éstos fueron derrotados, llegó S. M. á San Juan del Rio el dieciseis y expidió la proclama siguiente: «Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército, que apenas, dos meses hace, podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo: obstáculos ajenos de mi voluntad me detenian. Ahora *libre de todos los compromisos*, puedo seguir mis sentimientos solamente. Nuestro deber nos obliga, como á ciudadanos leales, á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su independencia, amenazada por hombres que, en sus miras de egoismo, quieren hacer tráfico hasta del territorio nacional, y por el orden interior, que vemos turbado todos los dias del modo más cruel, con perjuicio de nuestros conciudadanos pacíficos. *Libre toda nuestra accion de toda presion extranjera*, procuraremos mantener y llevar muy alta la honra de nuestra gloriosa bandera tricolor. Yo espero que los Generales á sus oficiales, y éstos á sus tropas, les darán el noble ejemplo de la más estricta obediencia y la más severa disciplina, indispensables en un ejército que debe realzar la dignidad nacional. De valor y resolucion es inútil hablar á los mejicanos: es el patrimonio de nuestro país. Al animoso general Márquez le he nombrado jefe de mi Estado Mayor. He repartido el ejército en tres cuerpos: el primero á las órdenes del valiente general Miramon; el segundo á las de su actual Jefe, y el tercero á las del intrépido general Mejía. Espero de un momento á otro la llegada del valeroso

general Méndez, con sus fieles y aguerridas tropas, que se unirán al segundo cuerpo. Ya tengo á mi lado al patriota general Vidaurri, que va á organizar sus tropas lo más pronto posible y abrir la campaña en el Norte. Tengamos confianza en Dios, que protege y protegerá á Méjico, y combatamos con indomable energía bajo esta sagrada invocacion: ¡Viva la independencia!»

## CAPITULO XV.

Para escribir este capítulo he tenido á la vista todo lo que se ha publicado en francés relativo al sitio de Querétaro; el *Manifiesto* del general Márquez y su *Refutacion*, en español ambos documentos, en contestacion el primero á los cargos que le hicieron varias personas, y el segundo á la acusacion, en francés, y en mi concepto infundada, del general Ramirez Arellano, de haberle hecho traicion á Maximiliano. Tambien he recibido informes verbales y por escrito, de testigos presenciales y de otras personas veraces; y he tenido á la vista la obra del doctor Basch á quien citaré textualmente. A pesar de las contradicciones en todo lo que he leído, creo haberme aproximado cuanto es posible á la verdad, en la relacion que voy á hacer de los acontecimientos de Querétaro, á cuyo fatal desenlace no contribuyeron poco los celos y las rivalidades de varios generales, y la impericia de Maximiliano en asuntos militares. Se repitió allí la eterna historia del mundo, como ha vuelto á repetirse en Francia en la última guerra: los celos y las rivalidades de los generales han producido siempre grandes males á sus países respectivos.

Llegó Maximiliano á Querétaro el diecinueve; fué recibido por aquella poblacion con las muestras del mayor entusiasmo. «Los generales Miramon y Mejía»,

1867.

Advertencia.

Llegada del  
Emperador á  
Querétaro.